

Editorial

Éste hace el número cuarenta de nuestra revista. ¡Cómo pasa el tiempo! Desde entonces no hemos faltado nunca a la cita, y además hemos estado siempre ahí con una puntualidad de verdaderos profesionales. No hemos subido el precio de la suscripción desde hace mucho tiempo. No tocamos ayer ni hoy, ni tocaremos mañana, un sólo duro de subvención oficial, ya sea edilicia, estatal, o esponsorizada, todo lo hacemos sin otro dinero que el de nuestras propias cuotas. Nadie cobra absolutamente nada, como es natural, entre nosotros por esta labor, que por otra parte no es para tanto.

No hemos perdido la ilusión, todo lo contrario. No renunciamos a superarnos, ni dejamos de soñar con alcanzar más cantidad de suscriptores. Estamos convencidos de que escribimos para el presente y para el futuro, sin renunciar al pasado, a pesar de que en el presente escribamos derecho con reglones torcidos. Y además —tensiones lógicas aparte, y que no falten— nos lo pasamos muy bien en los consejos de redacción, nos queremos de verdad: ojalá dure.

Claro está que conocemos nuestras limitaciones, no ignoramos nuestros fallos, y estamos interesados en disminuir en nosotros el abismo que separa lo que decimos de lo que hacemos. Y no nos molesta que otros más activos y mejores que nosotros vengan a relevarnos, sinceramente lo agradeceríamos. Obviamente no nos aferramos al cargo.

En resumen, que con el 40 a la espalda estamos orgullosos de salir a la calle en cada número, aunque «la calle» sea mucho decir para voceros de tan corto plectro como nosotros mismos. Lo estaríamos más si la interacción con nuestros lectores fuese mayor, y si el eco

de nuestras palabras llegase a mucha más gente para aumentar el nivel de sociedad civil. ¿Será posible este sueño? Sea como fuere, ya hemos conocido muchas alegrías gracias a esta revista que se llama ACONTECIMIENTO porque deseamos que él sea nuestro maestro interior. Nadie va a arrebatarnos esa dicha.

Nos hubiera gustado no perder un sólo suscriptor en el trayecto, pero eso es imposible, pues —como dijera Charles Péguy— «una revista no está viva más que si cada vez deja descontenta a una quinta parte de sus suscriptores. La justicia consiste en que no sean siempre los mismos los que se encuentren en esa quinta parte. De otro modo yo diría que, cuando nos dedicamos a no molestar a nadie, caemos en el sistema de esas enormes revistas que pierden millones, o que los ganan, para no decir nada, o más bien, por no decir nada».

Y por encima de todo esto llevamos muy alto el orgullo de podernos denominar Instituto *Emmanuel Mounier*: él y su revista *Esprit* forman parte de nuestro magisterio interior, por pequeño y deficiente que éste sea en comparación con nuestra herencia.

Pero algo se hace. Llevado del acontecimiento José María Vegas se marcha a Rusia, a la Siberia de momento, de misión; no te borremos del Consejo de redacción, hermano, antes al contrario: tú serás modelo de abanderado para nosotros, y sabemos que contaremos contigo como siempre hasta hoy. Hasta siempre y gracias por tanto como nos has dado.

Por un cuatrimestre también marcha a México nuestro Eduardo Martínez, también para hacer misión. A tí te decimos hasta mañana: éstas son tus mañanitas.

Y a vosotros, lectores, muchas gracias. ▲